

PADRES AUSENTES, NIÑOS CARENTES

Los padres que trabajan no tienen el control de sus hijos, más bien son manejados por ellos. Están carentes de herramientas, tiempo y paciencia para dirigir una crianza responsable. Se sienten presionados por cumplir laboralmente para lograr sus metas económicas o de desarrollo profesional. Los padres que trabajan abandonan notablemente sus labores parentales en pos de un mejor estándar de vida..

Las necesidades económicas y/o de desarrollo personal han hecho que ambos padres salgan a trabajar fuera del hogar, dejando a sus hijos solos o a cargo de terceros. Las largas jornadas de trabajo sumadas al tiempo que demoran en los traslados, hacen que los padres se alejen durante muchas horas del hogar, desconectándolos del quehacer diario de su hijo y haciendo casi nula su interacción. Generalmente llegan al hogar cuando éstos están dormidos o casi vencidos por el sueño, no permitiendo la sana y necesaria comunicación con ellos. Las exigencias de producción actual tampoco permiten el uso de los medios para mantener una conexión con sus hijos, en consecuencia se suma al abandono físico, el comunicacional. La actividad laboral aleja a los padres de sus hijos.

Por esta razón los padres experimentan un sentimiento de culpa que los coarta a la hora de colocar límites y aplicar sanciones, sintiendo que el exiguo tiempo que pasan con ellos no lo pueden malgastar en retos y castigos. Por el contrario suplen con engaños y libertad absoluta sus ausencias, pasan por alto las conductas inadecuadas y las irresponsabilidades de sus hijos, por considerarse culpables de estas situaciones, dejando en ellos la sensación que pueden repetir estas acciones, pues no tienen importancia, ni sanción. Los padres que trabajan son más permisivos con sus hijos.

Desde el momento en que fueron divulgados los derechos del niño, surgió una especie de mito, el cual hacía entender que los niños sólo tenían derechos, dejando de lado sus deberes. Ante esta situación los padres asumieron que debían marginar de sus vidas la palabra castigo, sinónimo de golpes, entendiendo que dejaban de existir las normas y había que desechar las conductas dictatoriales hacia ellos. No conciben otras formas de castigo, por ejemplo dejar a sus hijos e hijas sin televisión, sin su juego del computador, sin salir a la calle. Sumado a esto la divulgación del 133 u otro similar, donde sólo con una llamada del menor, prontamente llegará una patrulla o un auto policial al rescate. Obviamente esto intimida a cualquier padre. Los padres en general no reconocen que los hijos deben tener sanciones para las conductas no deseables.

Dadas estas situaciones los padres se ven sobrepasados con la crianza de sus hijos y endosan sus responsabilidades en la persona que los reemplaza en

el hogar, sea ésta la abuela, una tía, la nana y hasta al hijo mayor. Del mismo modo acusan a la escuela de no cumplir su rol, perdiendo de vista que hay una infinidad de conductas que se aprenden en la casa y pretenden que la escuela con su jornada escolar completa mande al niño educado y sin tareas, porque para eso se hizo la JEC, según ellos. Pero a la hora que la sustituta del hogar o la Escuela, ose “rayar la cancha” del regalón ponen el grito en el cielo y no reconocen derechos en ellos. Los padres pretenden a costa de otros, desarrollarse en su trabajo y olvidan su más importante rol, ser padres.

El abandono de los padres a su labor está poniendo en riesgo la estabilidad emocional de sus hijos e hijas. Estos se sienten abandonados a su suerte con relación a sus actividades diarias y carentes de afectos. Sienten que no son tan buenos o tan perfectos para ser tomados en cuenta y amados. Los padres concientemente o no, evaden sus obligaciones y se escudan ingenuamente en su trabajo, utilizándolo como excusa o salvoconducto de sus falencias y se arrojan el derecho de culpar a otros de sus abandonos, sintiéndose así inmunes a todas las criticas y reclamos. Estos padres deben entender que poner reglas o “rayar la cancha” a sus hijos e hijas, más que un trauma, afianzará en ellos su estabilidad emocional. Deben aprender que sólo la familia crea las bases de la identidad y desarrolla la autoestima de los niños y niñas. Sólo así tendrán hijos-adultos equilibrados y felices.